

JOHN BEATTIE

OTRAS CULTURAS

Objetivos, métodos y realizaciones
de la Antropología Social



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

MÉXICO

PREFACIO

EN ESTE libro estudio algunas de las contribuciones que la joven ciencia de la antropología social puede hacer y ha hecho para comprender las culturas de otros pueblos. Doy por sentado que esta comprensión, como todos los progresos en nuestro conocimiento del mundo que nos rodea, posee un valor intrínseco. Pero creo también que hoy en día es más importante de lo que antes ha sido en la historia humana, que la gente pueda comprender culturas diferentes de la propia. Pretendo demostrar que la antropología social, como una de las ciencias sociales, puede aportar algo para lograr esta comprensión.

La antropología social no ofrece recetas prácticas para habérselas con los principales y apremiantes problemas de las relaciones humanas que se nos presentan en la actualidad, ni tampoco puede decirnos cómo debemos convivir en este mundo, que se encoge cada vez más. Pero el que haya aumentado un poco más nuestro conocimiento de la sociedad humana y de la cultura y, de este modo, el conocimiento de nosotros mismos, puede ayudarnos a entender mejor algunos de estos problemas. Los antropólogos sociales no están especialmente calificados para discutir las relaciones de poder entre los Estados modernos o para investigar las vastas complejidades de las organizaciones gubernamentales económicas o industriales de tipo occidental. Están aún menos dotados para determinar el significado de las innumerables realizaciones científicas, literarias y artísticas de varios milenios de civilización. Pero en algo pueden contribuir, aun cuando este algo sea muy limitado.

Fundamentalmente es esto el haber ensanchado de manera significativa nuestra comprensión de las instituciones sociales y culturales básicas que, en todas partes, unen a los seres humanos en comunidades. Esta contribución se ha efectuado, en su mayor parte y más claramente, en el contexto de sociedades a pequeña escala, preindustriales, que a menudo aún no conocen la escritura (o no por completo) y que todavía ocupan una gran parte del globo. Pero incluso en países con técnica más desarrollada, la mayoría de las personas son miembros de comunidades relativamente pequeñas, y

están más o menos estrechamente vinculadas con el vasto medio social y cultural del mundo moderno. Esto acontece especialmente en las regiones rurales, aun cuando no sólo en ellas. Son cada vez más los estudios de los antropólogos sociales sobre comunidades "modernas" de esta índole en Europa, América, India y en otras partes.

Su objetivo primordial, si bien no el único, es la investigación de las diversas clases de instituciones sociales que caracterizan a las sociedades que estudian, sean éstas "civilizadas" o "primitivas". En todas las sociedades, ciertas clases de relaciones sociales están institucionalizadas. De esta manera, en toda cultura se aceptan normas de conducta entre padres e hijos, maridos y esposas; entre las autoridades y la gente sujeta a la autoridad; entre las personas que producen bienes y las que los consumen, etc. Pero la forma y el contenido de las relaciones someramente caracterizadas aquí, pueden diferir en gran medida de una cultura a otra. Han ocurrido y continúan ocurriendo graves malentendidos porque la gente ha intentado medir las instituciones de otras sociedades diferentes y poco conocidas en términos de las categorías conocidas e incontestables de sus propias culturas. Mientras más grandes sean las diferencias entre los intereses de las sociedades y menos completo el contacto ya establecido entre ellas, mayor será el peligro de serias equivocaciones. Una importante contribución de la antropología social ha sido demostrar que las instituciones sociales y culturales de sociedades alejadas de las nuestras, deberán ser comprendidas, si se las quiere comprender, a través de las ideas y de los valores usuales en dichas sociedades, y no simplemente según nuestros propios términos. Esta comprensión es posible tan sólo cuando el investigador sale —literal tanto como metafóricamente— de su propia cultura, penetra en la desconocida que desea entender y "aprende" la nueva cultura como aprendería un nuevo idioma. (Con frecuencia, ciertamente, la primera tarea del antropólogo de campo es dominar una lengua que no conoce.)

Debido a que los antropólogos sociales se interesan principalmente en las instituciones sociales y culturales, los capítulos centrales de este libro tratan de las instituciones del parentesco y el matrimonio, del mantenimiento del orden social, de las relaciones económicas y de las instituciones mágicas y religiosas, pues éstas cubren las más

importantes dimensiones de la vida social y cultural de los miembros de la mayoría de las sociedades a pequeña escala. En estos capítulos intento resumir por lo menos una parte de los conocimientos que los antropólogos sociales han adquirido respecto de las formas que tienen otros pueblos de pensar y abordar estas cuestiones. Pero antes que nada examino, en la Primera Parte, algunas de las preguntas que los antropólogos sociales han estado y están más interesados en formular acerca de las sociedades y las culturas que estudian; o sea que estudio el estado actual de la teoría en la antropología social. Esto es necesario, en parte, porque las situaciones humanas que tratan los antropólogos sociales son a menudo nuevas y desconocidas; por lo tanto, deben preguntarse algunas veces cosas nuevas y desconocidas acerca de ellas. Los mismos antropólogos sociales no siempre se han puesto de acuerdo respecto de cuáles son precisamente las preguntas más útiles que se deben formular. Así, pues, es necesario estudiar algunas de las hipótesis acerca de la sociedad y cultura humanas con las que han trabajado y tratar de determinar cuál de ellas se adapta mejor para lograr el fin deseado; es decir, la comprensión más completa posible de las instituciones que estudian. Por lo tanto, en los primeros seis capítulos pregunto: ¿Qué es la antropología social, qué tipo de cosas estudia y cómo desempeñan su trabajo los antropólogos sociales?

Este libro no es, ni pretende ser, una contribución original al tema ni en el nivel de la teoría ni en cualquiera otro. A lo largo de varios años dedicados a la enseñanza de la antropología social, he descubierto que a muchas personas que emprenden este estudio por primera vez, les resulta difícil acomodar en un marco común de referencia los difusos intereses de los diversos antropólogos sociales. Les parece que la antropología social es sin duda (y hay algo de razón en ello) una mezcla de diferentes intereses, ligeramente relacionados entre sí. Así, mi objetivo principal es decir, en un lenguaje no especializado y tan sencillo como me sea posible, de lo que a mi juicio trata esta disciplina. El libro no contiene diagramas, y hay en él —así lo espero— la menor cantidad posible de la jerga antropológica. No pretende ser exhaustivo; muchos temas importantes apenas si se mencionan o se omiten por completo. Resulta inevitable que sea selectivo y como toda selección debe efectuarse a la luz de ciertos intereses prácticos y teó-

ricos, resulta ser también, en cierto sentido, personal. El punto de vista teórico que he adoptado se desprende con suficiente claridad, creo yo, de la Primera Parte del libro. No creo que difiera en ningún aspecto fundamental del que adoptan en la actualidad la mayoría de mis colegas de la antropología social en la Gran Bretaña, aun cuando en algunos contextos he intentado hacer explícito lo que en ciertas ocasiones está implícito, y sin duda habrá algunas diferencias significativas de grado. Añadiré también que como he efectuado trabajos de campo como antropólogo social en el África Oriental, estoy mejor informado sobre etnografía de África, especialmente del África Oriental, que sobre otras partes del mundo. Quizá parezca desproporcionado el número de ejemplos etnográficos que extraigo de dicho continente (aunque de ninguna manera provienen todos de él).

Con la esperanza de que pueda ser de alguna utilidad a los lectores que deseen aprender más sobre alguno de los tópicos discutidos, añadí a cada capítulo una breve lista de libros, que también tuve que seleccionar. Menciono tan sólo algunas de las obras con las que yo mismo estoy más familiarizado y que me han parecido particularmente útiles. En más de un caso, un libro no mencionado en estas listas podría sustituir igualmente bien o mejor, a otro que sí lo está. Las listas son sólo sugerencias, nada obligatorio.

Mis principales deudas en lo que se refiere a los problemas teóricos, quedan patentes en el libro mismo, pero con mucho la mayor corresponde a mi maestro, el profesor Evans-Pritchard: leyó el manuscrito de este libro y le estoy agradecido por sus muy útiles consejos y críticas. Del mismo modo estoy en deuda con mi amigo, el doctor John Middleton. Mi esposa, Honor Beattie, y la señorita Alison Smith hicieron provechosos comentarios sobre el texto. Quisiera, asimismo, hacer constar mi deuda con el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, de Stanford, California, donde una beca otorgada en 1959-60, me ofreció la oportunidad de estudiar mejor algunos de los temas tratados en este libro.

Oxford

JOHN BEATTIE

PRIMERA PARTE

I. INTRODUCCIÓN Y ANTECEDENTES

EN LA HISTORIA humana hace muy poco que ha llegado a reconocerse en forma bastante extensa —pero de ningún modo en forma universal— que todos los seres humanos son fundamentalmente iguales; que comparten los mismos intereses básicos, y que, por lo tanto, tienen ciertas obligaciones comunes como personas los unos para con los otros. Esta creencia está explícita o implícita en la mayoría de las grandes religiones del mundo, pero de ninguna manera es aceptable el día de hoy para muchas personas, incluso en las sociedades "avanzadas", y no tendría ningún sentido en muchas de las culturas menos desarrolladas. Entre algunas de las tribus indígenas de Australia, el extranjero que no pueda probar que está emparentado con el grupo, lejos de ser bienvenido hospitalariamente como ser humano, se le considera un peligroso intruso y puede ser alanceado sin escrúpulos. Los miembros de la tribu de los lugbara del noroeste de Uganda pensaban que todos los extranjeros son brujos, criaturas peligrosas y apenas humanas que andan al revés y matan a la gente por medio de la magia. Los antiguos griegos creían que todas las naciones no helenas eran bárbaras, y sus habitantes gente salvaje e incivilizada, a quien era muy impropio tratar como a verdaderas personas. Muchos de los ciudadanos de Estados modernos muy avanzados, piensan ahora de modo no muy diferente respecto de la gente de otras razas, naciones o culturas, especialmente si su piel está pigmentada de color distinto o si profesan otras creencias religiosas o políticas.

En los periodos anteriores de la historia humana y en las condiciones que imperan en las pequeñas sociedades preindustriales que han sobrevivido hasta nuestros días relativamente aisladas de la influencia de Occidente, la existencia de estos estereotipos despectivos universales no tenían mucha importancia. Incluso entre pueblos vecinos las comunicaciones eran generalmente limitadas y entre aquellos separados por continentes u océanos no había prácticamente contacto alguno. De este modo, no solían darse situaciones sociales verdaderas en las que las ideas acerca de los extraños pudieran traducirse en determinada conducta hacia ellos. En la actualidad, es obvio

que las cosas son muy diferentes. No sólo ha habido una "explosión" demográfica mundial en la última centuria, sino que también se han extendido las comunicaciones y se siguen extendiendo a velocidad fantástica. Hoy en día son pocos los centros importantes de población entre los cuales no sea posible transmitir mensajes en cosa de minutos o transportar personas y mercancías en pocas horas. En donde antes los forasteros eran algo insólito, ahora son tan comunes que se los toma como cosa natural, por lo que en cualquier gran ciudad un hombre puede encontrar gente de los cinco continentes en el curso de un paseo. La perogrullada de que todos los hombres son miembros de una sola comunidad es ahora válida en un sentido real y apremiante, aun cuando evidentemente esta comunidad no sea armoniosa ni esté bien ordenada. Lo decisivo es que, en nuestra época, los fines, actitudes y actividades de millones de personas de otras culturas y de otros países diferentes del nuestro (cualquiera que éste sea) son, más que nunca, importantes en la práctica para cada uno de nosotros.

Esta es una excelente razón para saber lo más posible sobre esos otros pueblos y sus culturas, ya es posible manejar más eficaz y justamente las situaciones cuando se las comprende que cuando no se las comprende o, lo que es peor, cuando se entienden mal. Parte del interés actual por esta rama del conocimiento humano que, a falta de un término mejor, recibe el nombre de antropología social, se debe al hecho de que realmente parece aportar alguna contribución a este tipo de comprensión. Durante los últimos cincuenta años, aproximadamente, los antropólogos sociales han efectuado investigaciones de primera mano sobre la vida social y el fondo cultural de otros pueblos y en especial, aun cuando no exclusivamente, de aquellos que todavía carecen, o que carecieron hasta hace muy poco, de literatura e historia escritas y de técnicas avanzadas. Para poder estudiar a dichos pueblos será imprescindible hacerlo en el contexto vivo de sus propias sociedades. Pues sus instituciones sociales y culturales, a diferencia de las pertenecientes a las civilizaciones occidentales, no están atesoradas en montañas de documentos que nos permitirían estudiarlas a distancia, así como el especialista norteamericano puede estudiar Rusia, digamos, sin haber estado nunca en ese país.

Dichos pueblos, cuyos sistemas sociales son generalmente de pequeñas proporciones y cuyas técnicas son simples, han sido denominados con frecuencia "primitivos". Aun cuando sigue usándose este término, no es en realidad muy apropiado, puesto que en sentido temporal, no puede decirse de ninguna sociedad existente que sea más primitiva que otra. Ni tampoco podemos suponer, como veremos después, que las sociedades "primitivas" actuales representan, como decía James Frazer, "las fases rudimentarias, la infancia y la niñez, de la sociedad humana", de tal modo que, si se los dejara en paz, los bosquimanos africanos o los aborígenes australianos se convertirían, con el tiempo, en europeos cabales o algo parecido. Resulta más apropiado decir que tales sociedades son "simples", y en muchos sentidos válidos del término, técnica y económicamente por ejemplo, su organización es obviamente más simple que la de las sociedades industriales modernas. Por supuesto, esto no quiere decir que los miembros de tales sociedades sean "simples" en todos sentidos; obviamente no lo son. A menudo sus instituciones sociales y culturales son sumamente complejas. En muchos contextos es más seguro emplear términos como "sin escritura" o "preindustrializados", que son probablemente más precisos y que suenan también de modo menos condescendiente.

En todo caso, dichas sociedades suelen ser pequeñas, y principalmente en el "laboratorio" que ellas constituyen ha sido donde la antropología social ha llegado a ser una rama distinta de las ciencias sociales. Veremos, no obstante, que las hipótesis y técnicas de que se vale la antropología social presentan una gama de aplicación que excede con mucho a estas comunidades simples y a pequeña escala, en cuyo estudio fueron elaboradas.

No trataré aquí en detalle el desarrollo histórico de la antropología social; en otras obras se encuentran estudios más completos. Pero será más fácil saber por qué la antropología social contemporánea es lo que es, si tenemos una idea de cómo se ha formado. En tanto rama de la ciencia empírica y de observación, se desarrolló en el contexto de la interacción humana mundial que, como acabo de señalar, ha aumentado considerablemente en el siglo pasado. Es común la tendencia a dar por sentado lo que es más conocido, por lo que la idea de que el estudio de las comunidades humanas vivas era una empresa científica legítima por derecho propio sólo se com-

prendió realmente cuando empezó a disponerse de datos detallados acerca de sociedades humanas, hasta entonces remotas y desconocidas. Se había especulado sobre éstas desde tiempo inmemorial, pero no pudieron ser científicamente investigadas antes de que surgieran modos nuevos, más fáciles y más rápidos para conocer el mundo haciendo posible que los investigadores las visitaran y estudiaran.

De esta manera, los relatos de los misioneros y de los viajeros de los siglos XVIII y XIX, que visitaron África, Norteamérica, el Pacífico y otros lugares, fueron los que proporcionaron la materia prima sobre la cual se basaron los primeros trabajos antropológicos escritos en la segunda mitad del siglo pasado. Por supuesto, con anterioridad se habían hecho muchas conjeturas respecto de las instituciones humanas y sus orígenes. Por no mencionar épocas anteriores, en el siglo XVIII Hume, Adam Smith y Ferguson en Gran Bretaña, y Montesquieu, Condorcet y otros en el continente europeo, habían escrito sobre las instituciones primitivas. Pero aun cuando sus especulaciones solían ser brillantes, estos pensadores no eran hombres de ciencia empíricos; sus conclusiones no se basaban en ningún testimonio susceptible de comprobación; sino más bien eran deducciones obtenidas a partir de principios que en su mayoría estaban implícitos en sus propias culturas. En realidad, eran filósofos e historiadores de Europa, pero no antropólogos. Ciertamente consideraron a las sociedades humanas como objetos legítimos de estudio, y algunos de ellos pensaron que podrían descubrirse las leyes necesarias y universales de la sociedad, análogas a las que en aquel tiempo se estaban formulando con tanto éxito en las ciencias naturales. Así pues, desde un punto de vista importante tales personas fueron los precursores de los modernos antropólogos sociales.

Estos pensadores que reflexionaron acerca de las instituciones y cultura humanas estaban interesados especialmente en el progreso y la evolución sociales. Les parecía muy natural que algunas sociedades estuvieran más "avanzadas" que otras y, en efecto, la historia demostraba que muchas de ellas, en particular las naciones de Europa Occidental, habían evolucionado en época reciente de una condición relativamente atrasada a otra más avanzada o civilizada, de cualquier manera que se definiese la palabra "civilización". De ahí que les pareciera razonable suponer que todas las sociedades hu-

manas, en todas partes, debían evolucionar, si es que evolucionaban, a través de una serie idéntica o similar de etapas evolutivas. Esta manera de pensar reflejaba el espíritu evolucionista de la época. En Francia, Boucher de Perthes, basándose en utensilios de pedernal descubiertos en Abbéville, estableció, en la primera mitad del siglo XIX, una tabla cronológica que otorgaba al hombre una antigüedad mucho mayor de la que se había imaginado hasta entonces. En la Gran Bretaña, el dramático avance de la teoría evolucionista en zoología, ligada particularmente a Charles Darwin, dio pie a la idea de que podría aplicarse el mismo enfoque a la historia de la sociedad humana.

Estas hipótesis evolucionistas ajustaban bien con la creciente importancia, característica de aquel tiempo, de la idea del progreso; la idea de que en conjunto el mundo mejoraba continuamente. Muchos eruditos de la época victoriana, impresionados por el sorprendente éxito de la teoría evolucionista en las ciencias biológicas, en las que el registro de fósiles proporcionaba pruebas cada vez más completas y convincentes, intentaron reconstruir sobre el mismo modelo los más antiguos estadios de la sociedad humana que por definición eran los "más bajos". Autores como Bachofen en Europa, Maine y McLennan en Gran Bretaña y Morgan en América, hicieron gala de ingenio al reconstruir con gran detalle lo que supusieron que habían sido las más antiguas fases de la evolución social. De este modo, por ejemplo, Lewis Morgan examinaba las tres principales etapas por las cuales deben pasar "las líneas del progreso humano", denominadas: salvajismo, barbarie y civilización. El hombre había pasado del salvajismo a la barbarie cuando inventó la alfarería y a la civilización con el invento de la escritura. En la Gran Bretaña McLennan trató de demostrar que las instituciones del matrimonio y la familia, como las conocemos en la civilización occidental, debieron desarrollarse a partir de una condición de "promiscuidad primitiva", a través de estadios distintos, a saber, el matriarcado, en donde la descendencia se determinaba sólo por línea materna; la poliandria, en donde varios esposos compartían una sola mujer; y finalmente el patriarcado en donde la descendencia se determinaba sólo por línea paterna.¹

¹ Lewis H. Morgan: *Ancient Society*, Londres, 1877; J. F. McLennan: *Primitive Marriage*, 1865.

Evolutivo
el mundo
mundo.

Algunas personas todavía creen que todas las sociedades humanas se mueven a través de esos estadios y que éstos pueden ser identificados. Así, los marxistas ortodoxos sostienen su propia forma de teoría evolucionista basándose en las ideas de Morgan, que fueron tomadas por Engels. Pero antropólogos sociales más modernos consideran que, en el mejor de los casos, tales reconstrucciones conjeturales son burdas simplificaciones de acontecimientos que nunca podrán ser conocidos en detalle, y, en el peor de los casos, inventos caprichosos y a veces absurdos. Sin embargo, cuando fueron escritos parecieron mucho menos absurdos de lo que hoy parecen. Debemos recordar que para esos autores la antropología era esencialmente una investigación histórica. Su objetivo era descubrir los orígenes de la sociedad humana y de las instituciones sociales. Por lo tanto, era natural que, conforme los datos etnográficos acerca de los pueblos "primitivos" se tornaban más asequibles, los antropólogos los emplearon para ejemplificar hipótesis históricas o pseudo-históricas que ya habían formulado basándose en otras consideraciones. No se les había ocurrido todavía que aquellas culturas desconocidas y "primitivas" de las que sacaban sus ejemplos, valían la pena de investigarse por derecho propio. La opinión imperante era que los hombres civilizados no podrían aprender nada de provecho al estudiar el modo de vida de un montón de salvajes. Se dice que, incluso a fines del siglo XIX, el famoso Sir James Frazer, al preguntársele si había visto alguna vez a uno de los pueblos primitivos sobre cuyas costumbres había escrito tantos volúmenes, respondió concisamente: "¡Dios me libre!"

Desde el momento en que las conjeturas de estos escritores se referían al pasado remoto y no al presente, es natural que sus hipótesis no pudieran ser aprobadas o refutadas en base a las sociedades contemporáneas, por "primitivas" que fueran. De hecho, como quedó claro posteriormente, no existe prueba alguna que permita establecer secuencias culturales detalladas de los más antiguos estadios de la sociedad humana, y parece ser que tampoco las habrá. El razonamiento basado en las "supervivencias" —que suponía que muchas creencias y costumbres existentes son, por así decirlo, reliquias fosilizadas de etapas anteriores de la historia social, de manera que sería lícito inferir la existencia de etapas anteriores asociadas a ellas— resultó conllevar conjeturas históricas injustificables. Tam-

bién, lo que es más importante, empezó a ser obvio que pocas sociedades, si las hubo, se desarrollaron en total aislamiento; siempre hubo algunos contactos con otras culturas. Hasta donde sabemos, ninguna sociedad se ha desarrollado jamás en ninguna parte completamente libre de influencias exteriores.

Así pues, hacia el final del siglo XIX el ingenuo enfoque con que los evolucionistas pretendían comprender los orígenes de las instituciones humanas fue cayendo en descrédito y la escuela rival de los difusionistas empezó a tornarse influyente. Su enfoque no era menos histórico y con frecuencia apenas menos conjetural que el de los evolucionistas. Observando correctamente que era en extremo improbable que todas las sociedades en todas partes hubiesen evolucionado o estuviesen en proceso de evolucionar independientemente a través de una serie idéntica o similar de estadios, dijeron que el cambio y el progreso culturales se debían principalmente a lo que se apropiaban de otras. Basaban sus reconstrucciones en el hecho indudable de que los rasgos culturales podían, y solían, transmitirse de una sociedad a otra. Sin embargo, en lo referente al pasado remoto, las pruebas que sustentaron sus conjeturas eran apenas más numerosas que las de los evolucionistas. Y así, cuando a principios de este siglo Elliot Smith y Perry, que creían con los evolucionistas que la humanidad estaba avanzando del salvajismo a la civilización, proclamaron que todas las civilizaciones de todas partes se habían difundido a partir de una fuente originaria situada en el antiguo Egipto, su escuela también se desacreditó entre los antropólogos profesionales.²

Lo problemático de estos dos enfoques estribaba, por supuesto, en que sus defensores fueron más allá de las pruebas, cosa que estaban obligados a hacer mientras su interés se dirigiera al pasado remoto y a los más antiguos orígenes de las instituciones y creencias humanas. Para esos tiempos prehistóricos, la única comprobación posible debe ser arqueológica y, donde existe, los datos que puede proporcionarnos son muy limitados, aunque sumamente importantes. De este modo, la arqueología puede decirnos qué apariencia tenían los hombres primitivos, qué elaboraban, y, con muchas limitaciones, qué hacían. Pero no puede decirnos qué pensaban

² G. Elliot Smith: *In the Beginning: the Origin of Civilization*, Londres, 1932; W. J. Perry: *The Growth of Civilization*, Londres, 1924.

o en qué creían, o (excepto de manera muy general) el tipo de mundo social en que vivían. Las discusiones que van del presente del hombre hasta su condición pasada, y que no se basen en pruebas históricas o arqueológicas, no serán sino meras especulaciones.

Pero a pesar de sus errores, la antropología social moderna debe mucho a estos estudiosos del siglo XIX. Aun cuando se preocupaban principalmente de la reconstrucción de un pasado perdido para siempre, estaban interesados, como sus sucesores, en las instituciones sociales y en sus interrelaciones. Como a todos los científicos sociales, les interesaba descubrir y registrar las regularidades de la conducta humana. El método que empleaban era comparativo; les interesaba señalar semejanzas entre las instituciones culturales y sociales de diferentes sociedades. Tomando en consideración el limitado conocimiento etnográfico entonces disponible, no sería razonable esperar que hubiesen comprendido el verdadero significado social de las instituciones y de las costumbres que comparaban. Veremos en capítulos posteriores que aun cuando, en la mayoría de los casos, ya no planteamos el mismo tipo de preguntas que ellos hicieron (muchas de las cuales no tenían contestación), algunas de sus ideas y puntos de vista tienen importancia para la antropología social actual.

A fines del siglo XIX se había reunido una cantidad considerable de datos etnográficos heterogéneos procedentes de todas partes del mundo. La colección más conocida es la gran compilación de creencias y prácticas religiosas hecha por James Frazer y publicada en varias ediciones al empezar el siglo, bajo el título de *The Golden Bough** (*La rama dorada*). En este magno trabajo Frazer, partiendo de la idea, encontrada en la mitología de la antigua Roma, de que el sacerdote-gobernante, como representante de un dios, debía ser muerto y remplazado por otro antes de que decayeran sus poderes, recopiló un vasto conjunto de datos acerca de prácticas "primitivas" religiosas y mágicas en todo el mundo. Como sus predecesores, Frazer se interesaba particularmente en los orígenes, pero sostenía que la antropología social (fue uno de los primeros en

* James Frazer: *La rama dorada*, Fondo de Cultura Económica, México. 4ª reimpresión, 1969. (Trad. de Elizabeth y Tadeo I. Campuzano.) 860 pp.

aplicar el adjetivo "social" a esta disciplina) debería buscar regularidades o leyes generales. Sin embargo, las leyes que tenía en mente eran las ejemplificadas en los primitivos estadios de la sociedad humana, que estaban representadas, cosa que creía con los evolucionistas, en sociedades "primitivas" existentes. También, como la mayoría de sus contemporáneos, estaba todavía interesado en "costumbres" aisladas, comunicadas desde varias partes del mundo por personas con poco o ningún adiestramiento científico y de este modo inevitablemente consideradas aparte de los contextos sociales vivos, que eran los únicos que podrían haberles conferido su verdadero significado. El enfoque de Frazer es muy diferente del de los antropólogos sociales modernos, pero aun así, la habilidad literaria y su imaginación de largo alcance captó la atención tanto de los estudiantes como del lector común, y aun cuando no se lo lee mucho en la actualidad, su magia existe todavía.

Conforme crecía la cantidad de datos etnográficos y mejoraba gradualmente su calidad, algunos investigadores empezaron a darse cuenta de que dicho material era demasiado importante como para usarse tan sólo para ejemplificar ideas preconcebidas acerca de pueblos primitivos o acerca de presuntas etapas primitivas de la sociedad humana. Se vio cada vez más claramente que esta etnografía tan extensa exigía por derecho propio algún tipo de análisis comparado. Cuestiones prácticas estimulaban dicho interés. Los administradores y misioneros coloniales se dieron cuenta, cada vez más, que su trabajo se beneficiaría con la comprensión de las instituciones sociales y culturales de las poblaciones con que trataban. Entre las primeras monografías sobre las sociedades más sencillas, algunas de las mejores fueron escritas por misioneros y por funcionarios administrativos.

Así, a principios de siglo, empezó a tomar cuerpo un interés científico con la realización sistemática de estudios de campo de primera mano de comunidades humanas que hasta entonces los investigadores habían conocido sólo a través de las observaciones parciales de observadores no profesionales. Se habían efectuado anteriormente estudios de campo aislados, algunos de ellos de muy alta calidad. La investigación que emprendió Franz Boas entre los esquimales en la penúltima década del siglo pasado es un ejemplo notable, como también lo es el trabajo de Morgan entre los indios

iroqueses efectuado más de una generación antes.³ Pero no fue sino hasta la primera década de este siglo cuando la compilación sistemática de datos de campo, que cubría un amplio segmento de la vida social y cultural de determinados pueblos, llegó a ser generalmente considerada como una parte esencial del trabajo del antropólogo social. Importante estímulo para la antropología británica fue la expedición de los Estrechos de Torres en 1898, en la que un conjunto de antropólogos, dirigidos por A. C. Haddon, emprendieron una amplia investigación de campo en parte de Melanesia. Posteriormente, el estudio de Radcliffe-Brown sobre los isleños de Andamán, efectuado antes de la primera Guerra Mundial, y especialmente el trabajo de Malinowski en las Islas Trobriand, del Pacífico Occidental, llevado a cabo durante ella, se convirtieron en influencias particularmente importantes en la antropología social moderna.⁴

La antropología social moderna empezó en realidad cuando el interés por la reconstrucción de las sociedades del pasado cambió por la investigación de las contemporáneas. De ahí en adelante, los antropólogos sociales ya no podían considerarse satisfechos con la colección de datos aislados acerca de determinadas costumbres o instituciones, por muy diestramente que éstas hubieran sido entretejidas en esquemas teóricos *a priori*, e independientemente de la amplia extensión de las comparaciones basadas en ellos. Ya no valía la pena reunir, como había hecho Frazer, gran cantidad de ejemplos, digamos, de prácticas totémicas o ceremonias de todos los periodos de la historia y de todos los rincones del mundo. Ciertamente la comparación se justifica y veremos en el capítulo III que la antropología social no podría ir lejos sin ella. Pero antes que nada es necesario estar seguros de que las cosas que se comparan son en realidad suficientemente parecidas entre sí para poder ser comparadas. En la antropología social esto puede establecerse únicamente cuando las instituciones y costumbres sociales que estudia han sido comprendidas dentro del contexto, como parte de la forma de vivir total del pueblo que las tiene. El desarrollo del trabajo de campo durante el primer cuarto del presente siglo ha hecho posible el estudio intenso de estos mismos contextos.

³ F. Boas: *The Central Eskimo*, Washington, 1888; L. H. Morgan: *League of the Iroquois* (reimpreso), New Haven, 1954.

⁴ Discutimos ampliamente a estos autores en posteriores capítulos.

Estudios
comparativos
de las
costumbres

de las
costumbres
de las
tribus

Este nuevo interés por la totalidad del fondo social y cultural de los pueblos, estudiados en el terreno mismo como "empresas en marcha", suscitó problemas de interpretación y análisis que no existían para los primeros antropólogos "de gabinete". Las comunidades que ahora se estudian en el terreno, a diferencia de las complejas sociedades industriales de las que provenían la mayor parte de los investigadores, eran generalmente pequeñas, de población limitada y, a menudo, estaban más o menos físicamente separadas de los pueblos vecinos. Por estas razones, resultaba fácil concebirlas, en cierto sentido, como unidades o totalidades separadas y distintas, o, por decirlo así, como "cosas" reales. Las sociedades "primitivas" hacían reconocer finalmente sus derechos; ya no eran colectivamente tan sólo un vasto almacén del que el diligente investigador podía extraer toda clase de materiales exóticos. Se reconocía ahora que por muy diferentes que fueran de los conocidos Estados de la Europa Occidental, se trataba de comunidades no menos sistemáticamente organizadas y viables. Así, por primera vez, surgió la pregunta: ¿cómo deben entenderse estos sistemas sociales y culturales poco conocidos?

El pensamiento sociológico francés, con su tradición analítica e intelectualista, proporcionó la respuesta. Los escritores franceses de los siglos XVIII y XIX se interesaban mucho por la "naturaleza" de la sociedad y de las instituciones sociales humanas. Su interés se centraba más en lo que es esencialmente la sociedad humana, que en la historia de su desarrollo, ya fuera en general o en casos particulares. De este modo, a Comte, como a su predecesor y maestro Saint-Simon, le importaba hacer ver que las sociedades son sistemas y no sólo conglomerados de individuos. Ni una tribu africana ni una ciudad universitaria son un mero conjunto de gente, de la misma manera que una casa no es sólo un conjunto de ladrillos o un organismo no es solamente un conglomerado de células. Lo que hace que estas entidades sean algo más que la mera totalidad de sus partes es el hecho de que éstas están relacionadas entre sí en formas específicas y reconocibles. En el caso de las comunidades humanas, cuando hablamos de ellas como sociedades, nos estamos refiriendo a las relaciones más o menos permanentes entre diversas clases de pueblos.

Estudios
de las
tribus

Estudios
de las
tribus

Esos pensadores franceses vieron que si las sociedades eran sistemas, deberían estar formadas de partes interrelacionadas. Pensaron que estas partes deberían estar relacionadas entre sí y con la sociedad en su conjunto, de la cual forman parte, de acuerdo con leyes análogas a las leyes de la naturaleza que, en principio por lo menos, sería posible descubrir. Así, la comprensión de las sociedades, y también de la Sociedad con mayúscula, como la comprensión de los organismos físicos con los que se comparaban explícita o implícitamente, se lograría al descubrir las leyes de la organización social que actúan para sostener toda la estructura. Veremos en el capítulo IV que este enfoque "organicista" del estudio de las sociedades humanas padece de graves limitaciones y puede ser peligrosamente engañoso. Pero señala ciertamente la importante verdad de que las costumbres y las instituciones sociales de las comunidades humanas están interconectadas de alguna manera, de tal modo que los cambios en una parte del sistema pueden dar lugar a transformaciones en otras partes. Cuando se comprendió esto, fue posible formular preguntas, e incluso a veces contestarlas, acerca de sociedades humanas reales, preguntas que surgieron más difícilmente mientras prevaleció una visión "parcial" de las culturas humanas. De este modo, el antropólogo que se enfrentaba con costumbres como, pongamos por caso, la evitación de la suegra, que se encuentran en muchas sociedades muy alejadas entre sí, ya no se limitaba únicamente a registrar dichas costumbres para compararlas con otras aparentemente similares de otras partes; ahora preguntaba qué consecuencias tenían las instituciones en otros aspectos de la vida social de las personas en cuestión, en las relaciones entre esposo y esposa, por ejemplo, o en las normas de residencia.

Este enfoque "organicista" alcanzó su expresión más elaborada en la obra del sociólogo francés Emile Durkheim, que es todavía una de las más importantes influencias en la antropología social. Habré de decir muchísimas cosas más acerca de él posteriormente y sobre algunos de los temas apenas mencionados aquí. Por el momento, lo que me interesa es hacer hincapié en que los dos más importantes esfuerzos a partir de los cuales se ha levantado la estructura de la moderna antropología social son, por una parte, la tradición buscadora de hechos, empírica y etnográfica, representada por la antropología británica y por gran parte de la alemana

y la norteamericana, y por otra, el intelectualismo analítico e "integralista" de la filosofía social francesa.

¿Podemos, pues, en este momento, formular una declaración preliminar sobre lo que es la antropología social moderna? La antropología es por definición el estudio del hombre. Pero obviamente ninguna disciplina puede estudiar al hombre en todos sus aspectos, aun cuando algunos antropólogos sociales han escrito como si lo fuera. En su mayoría los antropólogos sociales se han concentrado en el estudio del hombre en su aspecto social, es decir, en sus relaciones con otra gente en comunidades vivas. De hecho, como señalábamos más arriba, se han ocupado principal, aunque no exclusivamente, de las sociedades pequeñas, preindustriales y a menudo carentes de escritura. Las múltiples dimensiones de la vida social y cultural de sociedades más complejas y con escritura, se han dejado en su mayor parte a los historiadores, economistas, politólogos, sociólogos y a multitud de otros especialistas.

En el próximo capítulo examinaré la relación entre sociología y antropología social, pero cabe observar aquí que los antropólogos sociales son sociólogos en la medida en que se interesan en los diferentes tipos de relaciones sociales que encuentran en las sociedades que estudian. En tanto sociólogos, estudian estas relaciones más o menos independientemente de los individuos que participan en ellas. Así, el antropólogo social que estudie, digamos, el sistema político de una tribu africana, está más interesado en las relaciones entre el jefe y el súbdito de ese sistema y en las creencias y esperanzas que están vinculadas con dicha relación, que en los individuos que ocupan los puestos de jefe y súbditos en un momento dado. Por supuesto, está interesado en las personas; son la materia prima con la que trabaja. Pero como antropólogo social su interés principal reside en saber qué cosas comparten unas personas con otras, los aspectos institucionalizados de su cultura. Por esta razón, los antropólogos sociales no están interesados en todas las relaciones de las sociedades que estudian; se concentran principalmente en aquellas que son rasgos habituales y relativamente permanentes de las sociedades en que se dan. Así es a pesar de que esas desviaciones de las normas sociales pueden ser también significativas, especialmente, como lo veremos en el capítulo XIV, en el contexto del cambio social.

En general, sin embargo, las relaciones sociales que estudian los antropólogos sociales, son las que están estandarizadas e institucionalizadas, y que, por ello, son características de la sociedad que investigan. Aquí puede mencionarse un aspecto adicional que después será desarrollado con mayor amplitud: los antropólogos sociales, al estudiar las relaciones sociales institucionalizadas que son su principal interés, han visto que es esencial tomar en cuenta las ideas y valores que están vinculados con ellas, es decir, su contenido cultural. Ninguna exposición de una relación social en términos humanos puede estar completa si no se refiere a lo que significa para el pueblo dicha relación. El funcionamiento de una comunidad de hormigas, o la sociología de una colmena, pueden describirse inteligiblemente sin hacer referencia a los estados mentales de los actores (a menos que en el término "instinto" se viera implícita tal referencia) sobre los que tenemos poca o ninguna información. Pero el funcionamiento de una comunidad humana no puede ser adecuadamente descrito sin dicha referencia. Porque los seres humanos tienen culturas, sistemas de creencias y valores que son poderosos determinantes de la acción, en tanto que hasta donde sabemos ni las hormigas ni las abejas los tienen. A diferencia de otros animales, los hombres viven en un universo simbólico, y uno de los temas fundamentales de este libro es que ello sea una de sus características más importantes. Por esto, los antropólogos sociales se han interesado sobre todo en lo que comúnmente se denomina cultura, que incluye datos como las ideas religiosas y cosmológicas de la gente y no se han limitado a una descripción conductista de las relaciones sociales consideradas simplemente como tales.

Algunos de estos temas se encontrarán más completamente desarrollados en los capítulos que siguen. Pero es importante percibir desde el principio que, en tanto los antropólogos sociales enfocan su interés sobre las diversas clases de relaciones sociales que reúnen a la gente en comunidades (y que algunas veces la apartan de los miembros de otras comunidades), también se interesan en las ideas de las personas, en sus valores y creencias. Se interesan en la forma en que las instituciones que estudian se relacionan entre sí en sistemas sociales vivos y en marcha. Hacen estudios de primera mano sobre estas sociedades. Estas son las diferencias más importantes en-

tre lo que hacen los antropólogos sociales modernos y los intereses que perseguían los estudiosos que los precedieron. En la actualidad, es esencial la convicción de que ninguna institución social puede ser adecuadamente comprendida a menos que haya sido investigada empíricamente y a menos que pueda ser comprensiblemente relacionada con su contexto social y cultural.

Pero esto no excluye la investigación de las comunidades históricas por los métodos de la sociología o de la antropología social. Se ha trabajado algo en este campo, en el que destaca el estudio de Homans sobre la aldea inglesa del siglo XIII.⁵ Es cosa que depende de lo adecuado que sean los testimonios de tipo histórico y de la disponibilidad y propiedad del material etnográfico comparativo.

No obstante, en la actualidad el acento recae en lo esencialmente empírico y funcional. Por esta razón la antropología social contemporánea es en esencia un estudio de relaciones; fundamentalmente de relaciones entre diversos tipos de gente; pero, en un nivel más alto de abstracción, de relaciones entre relaciones. Permítaseme aclarar más esto. Se trata de que el antropólogo social no está *únicamente* interesado en la relación entre, pongamos por caso, un jefe y un súbdito determinados. Se interesa, como acabamos de señalar, en los tipos de relaciones entre jefes y súbditos que son características de la sociedad en estudio y de las cuales es un ejemplo el caso particular. Además, en el paso siguiente se interesa por el tipo de consecuencias que la relación institucionalizada entre jefe y súbdito tiene respecto de otras relaciones institucionalizadas de la sociedad: por ejemplo, las relaciones entre diferentes tipos de parentesco o el sistema de tenencia de tierra.

Nos encontraremos con que en la antropología social moderna se pone de relieve lo contextual y relacional: esto quedará muy claro cuando estudiemos, en la Segunda Parte de este libro, algo de lo que los antropólogos sociales han aprendido realmente sobre otras culturas. Pero esto no significa —y ello también será examinado más adelante— que es imposible o indeseable comparar instituciones sociales y culturales de una sociedad con las de otra. En efecto tales comparaciones están implícitas en las palabras mismas que

⁵ G. Homans: *English Villagers of the Thirteenth Century*, Harvard, 1942.

usamos para describir lo que observamos. Pero sí significa que los fenómenos sociales y culturales que nos disponemos a comparar deberán entenderse, en primer lugar, en sus propios contextos. La antropología social moderna puede afirmar que ha contribuido muy significativamente a este tipo de comprensión contextual.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- BRYSON, GLADYS: *Man and Society*, Princeton, 1945.
 EVANS-PRITCHARD, E. E.: *Social Anthropology*, Londres, 1951.
 ——— (compilador): *The Institutions of Primitive Society*, Oxford, 1954.
 FIRTH, RAYMOND: *Human Types* (edición revisada), Londres, 1956.
 FRAZER, JAMES: *La rama dorada* (Trad. de Elizabeth y Tadeo I. Campuzano), México, 4ª reimpresión en 1969.
 FRIED, M. (compilador): *Readings in Anthropology*, Vol. I, Nueva York, 1959.
 LOWIE, R. H.: *The History of Ethnological Theory*, Londres, 1937.
 SHAPIRO, M. (compilador): *Man Culture and Society*, Nueva York, 1956.
 TYLOR, EDWARD: *Anthropology*, Londres, 1881.

II. LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y ALGUNAS OTRAS CIENCIAS HUMANAS

1

LOS ANTROPÓLOGOS sociales estudian las costumbres, las instituciones sociales y los valores de los pueblos, así como la manera en que éstos se relacionan entre sí. Llevan a cabo sus investigaciones primordialmente en el contexto de comunidades actuales (en general relativamente pequeñas) y su principal interés, aunque no el único, reside en los sistemas de las relaciones sociales. En capítulos posteriores examinaré con más detalle a qué se refieren los antropólogos sociales cuando hablan de sistemas de relaciones sociales y de instituciones y valores sociales; además trataré de algunas de las maneras en que pueden relacionarse entre sí, y cómo podemos entenderlos mejor. Pero antes que nada será útil decir algo acerca de la relación que guarda la antropología social con otras ramas de la antropología y también con algunas otras ciencias sociales.

En la Gran Bretaña, el término "antropología" se refiere vagamente a diversas ramas de estudio que están más o menos íntimamente vinculadas, aun cuando a veces dicha vinculación se deriva, más de una relación intrínseca, que del hecho histórico de que evolucionaron a la par, en tanto estudios "evolucionistas" del hombre y por ende en un principio se las enseñaba juntas. Así, la antropología física, la arqueología prehistórica, la tecnología primitiva, la etnología y la etnografía, se incluyen generalmente en la antropología social bajo el rubro de antropología; pero la sociología no se incluye, aun cuando sus problemas y métodos se traslapan en gran medida con los de la antropología social. No es nada sorprendente, entonces, que la palabra "antropología" signifique distintas cosas para diferentes personas. Incluso cuando se la califica con el adjetivo "social", todavía evoca en algunas personas interés por huesos y medidas craneanas; en otras, interés por el hombre prehistórico y sus obras; y en otras más, un interés obsesivo por costumbres exóticas, preferentemente sexuales. Debido a la confusión que ha causado la ambigüedad de la palabra "antro-